

Sin muros. Aprendizajes en la era digital

María TERESA QUIROZ

Editorial: Fondo Editorial de la Universidad de Lima. Perú.

Año: 2013

Páginas: 162

ISBN: 978-9972-45-273-4

La socióloga peruana María Teresa Quiroz nos ofrece una obra compilatoria –y celebratoria, añadiremos– de su producción académica en el campo de la educación y la comunicación. No se trata de un libro testimonial, sino de uno de carácter reflexivo y cuestionador, que confronta los hallazgos de su propio trabajo con los debates más actuales sobre el impacto de las tecnologías en los niños y jóvenes, su forma de relacionarse, de construir su identidad y, fundamentalmente, de aprender.

Como escribió Jesús Martín Barbero en el prólogo del primer libro de Quiroz, *Todas las voces* (1993), el interés académico por las relaciones entre comunicación y educación en América Latina –que tuvo en Paulo Freire y su pedagogía liberadora una voz fundacional– no ha estado exento de “profundos malentendidos”, por un discurso “hegemonizado por concepciones instrumentales de los medios y por ideas ilustradas de educación. Lo que en la práctica se traduce en el hecho de que nuestros países sigan manteniendo al margen, por fuera del sistema y las prácticas educativas, las culturas que se gestan o se expresan en los medios de comunicación”. Por lo tanto, uno de los objetivos de la autora es superar esa visión inmediateista centrada en los efectos nocivos de los medios –el “paradigma inoculativo”– y explorar, desde una mirada más etnográfica, los vínculos materiales y afectivos que los jóvenes crean con los dispositivos tecnológicos.

Sin muros. Aprendizajes en la era digital es un libro organizado en nueve capítulos. Desde el título señala la tesis que desarrolla en sus 162 páginas: el aula dejó de ser un espacio físico en la escuela para convertirse en otro simbólico, a veces caótico, atravesado por pantallas omnipresentes cargadas de información, a partir de las cuales niños y jóvenes interactúan entre ellos y con el

mundo. La metáfora del muro como el límite del conocimiento que se administra de manera jerárquica tiene variados referentes: desde McLuhan, que en 1960 señalaba que los “nuevos medios” eran algo más que “una gimnasia mecánica para crear mundos de ilusión, sino nuevos lenguajes con un nuevo y único poder de expresión”; hasta Foucault y su tesis del panoptismo, publicada en 1980, que criticaba la escuela como uno de los centros de la estructura social productiva desde el cual se ejerce un control vertical. Desde luego, no podemos evitar la letra que Pink Floyd, en 1979, convirtió en uno de los himnos más potentes contra el anticuado sistema de enseñanza: “*We don't need no education / We don't need no thought control / No dark sarcasm in the classroom / Teachers leave them kids alone*”.

Análisis de la obra

El libro comienza discutiendo los relatos de la posmodernidad, nutridos por polémicas como la que encarnan Lipovetsky y Vargas Llosa sobre los efectos de la “cultura del espectáculo” en la producción intelectual y artística contemporánea, o propuestas como la de Bauman, de una “modernidad líquida” que diluye el tiempo y el espacio para producir un estado efímero e inestable sobre el que se asienta el conocimiento hoy. Para Lipovetsky, la “cultura-mundo” supera las oposiciones tradicionales y jerárquicas y redefine las relaciones de los sujetos entre ellos y con el mundo. Advierte Quiroz que “el trasfondo cultural de estos retos supone que nuestros jóvenes desarrollen nuevas competencias y habilidades en tiempos cuya duración es otra, porque ya no hay una edad para educarse y el ciclo del conocimiento es cada vez más corto”.

En este escenario mediático que promueve, según Bauman, una cultura de desconexión, discontinuidad y olvido, se cuestiona también la abdicación de muchos padres a ejercer su rol formativo en el hogar. Al respecto, Quiroz advierte que, si bien la manida etiqueta de “nativos digitales” resulta didáctica para plantear diferencias generacionales, su definición no deja de ser un estereotipo, en ocasiones demasiado optimista. Si bien los padres –testimoniados en diversos trabajos de la propia autora– están orgullosos del acceso tecnológico de sus hijos cuando lo relacionan con una formación de competencias necesarias para la “vida moderna”, también son temerosos de los riesgos que la apertura descontrolada de información entraña y que los lleva, en ocasiones, a vigilar el consumo mediático de los menores y buscar estrategias para regular su uso doméstico.

Otra discusión importante que plantea el libro es la eficacia de los “nuevos métodos escolares”, que priorizan la satisfacción más inmediata del estudiante pero que, en buena cuenta, no están produciendo una masa crítica que desafíe los problemas globales. Escribe Quiroz: “en medio del atraso en la educación, de niveles de rendimiento y logro educativo muy bajos y de gran desigualdad, la televisión y la radio, así como la tecnología digital y sus plataformas, especial-

mente a través de los SMS y las redes sociales, se conectan con el sentido de sus vidas, despertando en ellos emociones, intereses, sonrisas y miradas cómplices”. Como se percibe en las voces de los estudiantes entrevistados, los medios de comunicación representan para ellos un importante espacio de construcción de sensibilidades, pero se alejan de la promesa de incluirlos en esa “sociedad democrática y global” que tanto proyectan en su discurso.

Sendos capítulos reflexionan sobre estas nuevas relaciones entre los jóvenes y las pantallas, fundamentando el cambio definitivo de la centralidades comunicativa y educativa. La comunicación en red, dice Quiroz, amplía los espacios de interacción sin necesariamente degradar su calidad –aunque el texto presenta también voces críticas de esta idea– y la incorporación de nuevos soportes y códigos puede ser mirada como una oportunidad, más que como un problema que combatir. La autora reflexiona sobre estas perspectivas enfrentadas e irresueltas, entregando una problematización útil por su densidad y actualidad teórica.

Así también, este libro confronta diversas investigaciones internacionales sobre el impacto de la tecnología móvil en la comunicación de los jóvenes. Por ejemplo, aparecen conclusiones de autores como Castells, Fortunati, Manganelli, Morduchowicz y Buckingham, que coinciden en la ventaja de las características asíncronas y ubicuas de los nuevos flujos generados por el uso de dispositivos como los teléfonos celulares, aunque denuncian que estas prácticas aún refuerzan las diferencias entre clases sociales, pues las redes de comunicación que se establecen siguen siendo selectivas y restrictivas. Otro asunto capital que es abordado es el de la construcción de las identidades en las plataformas digitales, que alientan la producción de una imagen personal como si se tratara de un valor de cambio. Se argumenta la confusión conceptual entre privacidad e intimidad, auspiciada por un mercado que promueve lo que Sibilia llama “el show del yo”, mediante el cual la creatividad de los jóvenes se instrumentaliza y reconvierte con fines comerciales. Todo esto nos devuelve a la antigua y vigente discusión sobre las visiones “determinista” o “neutral” de las tecnologías en la sociedad. La autora se ubica en una postura crítica pero atenta a los argumentos que se esgrimen de cada lado.

Uno de los aspectos más novedosos del libro está en la introducción de hallazgos provenientes de la neurociencia, que sirven para advertirnos del presunto efecto superficial e irreflexivo que es promovido por la red y los nuevos formatos que en ella habitan. De la mano de autores como Carr, Baricco o Small, se acentúa la polémica sobre la disminución de la memoria, la capacidad de abstracción o la dispersión de las tareas –el discutido “*multitasking*”–, que genera déficit de atención. Resulta claro que la plasticidad del cerebro supone que los circuitos neuronales se reordenen de forma dinámica a lo largo de la vida –para fortalecerlos o debilitarlos–, por lo que urge un mayor trabajo sobre los efectos de tecnologías como los videojuegos, sobre los que hay indicios negativos –pre-

sentados por los autores mencionados– y otros positivos –defendidos por otros investigadores como Gros o Prensky.

Sin fronteras tangibles, se sostiene a lo largo del libro que los procesos de enseñanza-aprendizaje trascienden el espacio formal de la escuela y gran parte de la experiencia educativa proviene de la relación entre pares o con medios de comunicación. No obstante, persiste la dificultad para validar estas formas de aprendizaje aún llamadas “alternativas” o “subalternas”, vinculadas a la oralidad o a las imágenes, que reducen la literacidad a la lectoescritura. No se reconocen, por ejemplo, ni la intertextualidad o la hipertextualidad de las pantallas –que defienden autores como Scolari o Cassany. Se cuestiona, en suma, cuál es el rol del docente en este escenario profundamente mediatizado.

Discusión

Los lectores de este libro encontrarán y valorarán en él, al menos, tres aportes. Primero, la audacia creativa de la autora para renovar la vigencia de su propia producción, interpelando –a partir de un formato de metainvestigación, si se quiere– resultados de su cosecha empírica con hallazgos de otros reconocidos investigadores internacionales. Segundo, una agenda de investigación variada, con ideas por estudiar que promueven una mirada interdisciplinaria –incluyendo áreas de conocimiento aparentemente distantes de las ciencias sociales, como la neurociencia. Finalmente, en tercer lugar, el libro cumple con el objetivo que se propone al inicio: facilitar un acercamiento entre la universidad y el medio educativo. En efecto, esta obra refresca el interés no solo por la investigación académica en el ámbito de la educación y comunicación, sino que puede inspirar el diseño de proyectos de corte aplicado, por lo que resultará de interés no solo a investigadores, sino a profesionales de la educación y la comunicación interesados en estos temas.

Julio César MATEUS

Universitat Pompeu Fabra, España.